

FRANCISCO ESPINOLA

TOMO

1

DON JUAN, EL ZORRO



ej.2

ARCA

DON JUAN, EL ZORRO

FRANCISCO ESPINOLA

Tomo I.

I. Don Juan conoce y traba amistad con la Mulita, lo que no es visto con buenos ojos por el Peludo, dueño de la pulpería "La Blanqueada" y Tío de ella. Al enterarse el Zorro que la Mulita ha sido castigada por el pulpero a causa de su relación con él, decide vengarla y le ofrece al Peludo enseñarle a enlazar. Esa misma noche se dirigen a campo abierto donde el Peludo es arrastrado violentamente por un toro. Su cuerpo, malherido, queda tendido bajo la luna y es encontrado por la Lechuzza y otras gentes que pasaban por el lugar.

II. A oídos del Comisario Tigre llega la noticia de lo ocurrido y ordena que se persiga a Don Juan y se le arreste. Mientras tanto, traza un siniestro plan a fin de quedarse con la pulpería desplazando a la real heredera, la Mulita, a quien piensa acusar de instigadora de la virtualmente segura muerte del Peludo.

III. A pesar de los cuidados de su sobrina, la situación del Peludo se toma crítica: ya agoniza. Cuando la Mulita sale en búsqueda de la Curandera, se encuentra con el Sargento Cimarrón y su partida. El viejo Sargento se da cuenta que la acusación contra esa criatura frágil y bondadosa que tiene enfrente no puede ser más que una maniobra de su Superior.

IV. La Mulita, afligida, se dirige hacia donde vive el Zorro, quien la tranquiliza y la consuela. Cuando ella parte, Don Juan cambia ideas con su primo, el Zorrino, y éste lo convence de que se mude a su casa. En el trayecto se topan con la partida del Sargento Cimarrón. Pero lo que parecía que iba a convertirse en un enfrentamiento finalmente no se concreta.

V. El Peludo ha muerto. El velorio da comienzo: los concurrentes tratan de sacar provecho de la desamparada Mulita y se alzan con

Uro
863.6
ESP
don
v.1
ej.2

FRANCISCO ESPINOLA



DON JUAN, EL ZORRO

TOMO I

Historia de una novela excepcional
por Arturo Sergio Visca

Edición a cargo de Arturo S. Visca y Wilfredo Penco

URU 863 6 ESP don v.1 ej.2
FHCE/179694



arca

22772

179694



Capítulo I La mala acción del Peludo

LA AMISTAD

Antes, Don Juan había advertido que, siempre que entre el jolgorio él le clavaba los ojos, la Mulita bajaba la cabeza, planchaba con las manitas los percales de su pollera. Le gustó, entonces, prosear con ella para sentir, entre aquel confundirse y equivocarse, algo inocente y puro que Don Juan no había hallado nunca y que su vivir, se estaba viendo, necesitaba. Al Peludo le brillaban los ojos cuando los veía juntos. Y la furia del viejo y la nerviosidad de ella causaron que Don Juan no la dejara en ningún baile.

De tal modo, como sin querer, más bien como por broma, fue naciendo un cariño —no podría ser amor por la diferencia de razas —un cariño que, a él, lo iba haciendo cada vez más tierno y triste y, a ella, más ladina y fuerte y envalentonada.

Una noche, en una gran fiesta, la Mulita se acercó a Don Juan en cuanto lo vio y le dijo:

— Tengo que hablarle una cosa, Don Juan, pero si no se ofende.

— ¡Hable, no más, m'hija!

La llamaba así porque hermana le parecía poco, de tanto que la quería.

— Usted está mal donde vive, rodeado de quienes no lo quieren y que cualquier día le van a hacer algún daño. Estos tiempos que no tenía nada que hacer le hice una vivienda al lado de la de nosotros y así no tenemos que esperar a los

bailes para estar juntos. Vengasé, se lo pido. Y no se enoje. Que no va a estar en lo ajeno sino en lo muy suyo.

Don Juan se estremeció y se quedó mirándola con los ojos muy abiertos.

— ¿Se enojó, Don Juan? —interrogó la pobre, temblando.

— ¡Cómo me voy a enojar...! Usté... usté es más buena que el agua, m'hijita. Esta tardecita, no más, hago la mudada. Y esta noche ya la paso allí.

Ninguno de ellos oía ni el acordeón ni las guitarras ni el rasco de las espuelas.

— ¡Vamos a estar lindísimo! —suspiró la Mulita.

— ¡Cómo no!

— Usté, de mañana, endereza para casa a prosear y a matear. Tío no viene hasta la noche de la pulpería. Yo le cebo mate, conversamos... ¡más lindo!

Don Juan sentía como si una caricia infinita, bajada de lo alto, cruzara su corazón.

— ¡Qué m'hijita! —decía— ¡Tan buena que es; tan buena!

La Mulita lo miraba dichosa desde su caparazón humilde y parda. El mejor que todo lo del mundo, le decía m'hijita y la protegería de los bichos malos.

LA MUDADA

Seguían al sol los últimos colores rumbo a quién sabe qué mundos y qué cosas, cuando Don Juan llegó a su casa con su comadre Cigueña; le cargó las cacharpas en el lomo y, una vez que ésta, un poco trabajosamente, levantó el vuelo, salió, también, rumbo a su nueva morada.

Al llegar, la Mulita estaba arreglando todo. La Cigueña, en cuanto lo vio, se despidió muy apurada, tanto que la mitad de las gracias las recibió ya a campo raso. En seguida, Don Juan advirtió que el lazo mejor le faltaba. Salió hecho una furia, pero ya ni se podía saber si allá, muy allá arriba, lo que iba navegando por el cielo era una nube o no era.

— ¡Puro vicio! —masculló el Zorro.

— Y en eso vio cruzar al Peludo que venía de su pulpería. Avisó a la Mulita, que salió como chuza, sin decir ni “Hasta mañana”, y él, ganoso de comer algo, marchó al trote en dirección contraria, con el fin de atravesar un chilcal y llegar al otro lado, donde vería lo que haría.

En el llano topó al Zorrino, que marchaba al trote chasquero, la cabeza muy gacha por el “genio”.

— ¿No sabés que en la mudada mi comadre me robó el lazo de trenza?

— ¿Y no sabés que el mundo está perdido? —saltó el Zorrino con voz ronca, sujetándose y poniéndose al lado para aprovechar la oportunidad y desahogarse un rato. —¿Pa qué te confiás en naides? ¡Zonzo, más que zonzo! ¡Ay, Juan, nunca sabrás lo que es la vida...! ¿Tenés tabaco? ¡Estoy pobre, hermano, que doy hasta asco!

— ¡Cómo no, primo! ¡Sírvese! Ahí va la chala.

Mientras liaba el cigarro,

— ¿Pa donde ibas? —preguntó el Zorrino, al mismo tiempo que buscaba un motivo de rezongo.

— Me acordé de que me quedé sin carne. Voy a alzar de por aquí no más un cordero.

— Vamos marchando, entonces. Dame juego... Pues, sí, mi primo, el mundo es una inmundicia. Yo no sé como vos, que sos inteligente, no lo has visto, ya. ¡Hasta cuándo, vida mía! Dejate de ser bueno, que podés ir lejos, si querés. Desengañate, Juan: todo está mal, y solito siendo malo es que uno no se da cuenta...

— ¿Y de ahí qué colije, mi primo? —interrumpió el Zorro con rabia.

— Colijo que hay que desconfiar hasta de uno mismo; que hay que cortarse solo y amolar al que se pueda.

— Yo... si vamos a lo que vos decís... muy bueno, muy bueno no basta; hay que ser malo. ¡Ah, si pudiera hacer bastante mal, canejo! —suspiró.

Y mostró sus dientes: unos dientes agudos ¡pero chicos!

— Vos tenés la inteligencia —continuó sonriente— ¿Pa

qué andas tontiendo? Hací mal, hacé mal; ¡es lo único bueno de esta vida!

— Entre vos y la Mulita...

— ¿Ah, sí? ¿Conque te aconseja lo mesmo?

— ¡Al revés; tira p'al otro lado! Y yo, en el medio de ustedes dos, habiendo sido tan alegre siempre, estoy ahora como estaqueado, con una tristeza que...

— Aventá lejos la tristeza, que es cosa de buenos y no hace más que amolar, y seguí mis consejos, que son consejos de pariente... ¡y de amigo!

— Nos estamos acercando demasiado a la mar. ¿Vamos a rumbiar p'al sarandisal?

— Vamos... Pues sí, mi primo, la vida...

— Yo voy a carniar por aquí, no más —interrumpió el Zorro por no escucharlo. Descabalgó, anudó las riendas a la cabezada del recado para entreverarse con cautela en una punta de ovejas. Hubo un desparramo, y él quedó sólo, con un mamón que se debatía. Su madre, la única madre cobarde en todo el mundo, sintió a su hijo balar y siguió disparando.

La vaga sombra que ella empujara en el pasto, y bajo la cual, ¡hacía tan poco!, el corderito había ensayado un incipiente y húmedo triscar, se le arrastró detrás, a ella, ahora, y fue con ella a perderse en lo más espeso de la chilcas, acusándola en vano, exhortándola sin suerte a volver sobre sus pasos. Ya cándidamente meciéndose en su luz desde un rincón del cielo, la primera estrella estuvo a punto de sorprender el cuadro y, lo peor, aquella fuga inversosímil. Pero una vieja nube que tornaba del Sur bogó ligero e interpuso su tamaño.

El silencio se había hecho tan vasto y tan denso que pareció haberse levantado de pronto en el mundo un gran muro.

— ¡Hasta más ver, compañero! —dijo el Zorrino que, quieras que no, había sentido hasta el fondo la suspensión del instante.

— Salú —contestó, sombrío, Don Juan dejándose anegar por aquello.

Estuvo un rato así. Después, sin ganas, más bien como con rabia, tendió el cordero en las ancas del tostado y montó.

Ya encima de la tierra estaba toda la noche.

LA MALA ACCION DEL PELUDO

A la mañana siguiente, en cuanto se levantó, Don Juan fue a lo de la Mulita y la encontró muy agachadita sobre su costura. En seguida ella aprontó un buen amargo y, como Don Juan dijera que él lo cebaría, dióselo una vez preparado y volvió a sentarse y a seguir cosiendo.

— ¡Pero m'hija, si viera! ¡Casi no he pegado los ojos!

— ¿Y por qué, Don Juan? —nacía la voz dulcísima de ella, sin alzar la vista de su empeño.

— ¡Dejemé! ¡Si me parecía mentira...! ¡Estaba tan bien! Lejos de casi todo el bandidaje que me odia sin causa; cerquita de aquí, al lado de mi buena amiga... Daba vueltas y vueltas, pero no buscando el sueño, entiendámé, sino espantándolo, porque es cosa boba dormirse en las poquitas horas felices que uno tiene...

Don Juan, con la caldera al lado, llenaba el mate, sorbía lentamente y seguía conversando con un acento extraño; como si la Mulita estuviera tan en su alma que sus pensamientos no precisasen salir de sí para llegar a ella.

— ¡Pobre m'hijita! ¡Mire que tanto trabajo! ¡Cómo le podré pagar lo que ella hace?

— ¡Ave María, Don Juan! ¡Eso no se dice! —protestaba la Mulita, temblorosa y con la cabeza cada vez más agachada.

Don Juan se puso a observarla. Y al cabo de un momento:

— ¡Usté ha llorado, m'hija! —exclamó.

— ¡Yo no, señor! —dijo ella.

Y largó el trapo.

La Mulita se sacudía, a los sollozos. Don Juan apoyó el

mate en la pava y la empezó a acariciar.

— ¡Pobre m'hijita! —decía casi seguro de lo que había pasado. ¡Quién la habrá hecho sufrir! Digaseló a su amigo, que pa eso está en el mundo, pa defenderla. No sea mala... Cuentelé.

— ¡Fue tío que me pegó con un manliador porque estuvimos juntos en el baile!

— ¿El Peludo?

— ¡El mesmito! ¿No ve?

Y le enseñó las manitas lastimadas por atajarse los golpes.

— ¡Ah, bandido! —rugió Don Juan. Bueno, no llore más. ¡Ya le haremos pagar cara su felonía!

— ¡No se vaya a meter con él, que es malísimo! —implo-
ró, horrorizada, la Mulita. Y además él lo hace porque él me
quiere y malicea que usted no es bueno y que se junta conmi-
go p'hacerlo rabiarse a él y hacerme algún mal a mí. Yo le he
dicho que usted es bueno y es peor; se pone más furioso. ¡Le
da una furia...! ¡No se vaya a meter con él! ¡Se lo pido de
rodillas!

— Le haré caso, quedese quietita. Y no llore más que el
llanto me hace daño.

Era verdad. Don Juan no podía ver llorar sin que le vinie-
ra como una fiebre.

Pensativo, ceñudo, siguió mateando un rato más, mientras
ella, estremecida de suspiros, continuaba su costura, ahora
con puntadas más chiquitas y —si cabe— más prolijas, como
que ponía una atención intensa. Llegado a punto muerto en
una maquinación despiadada, Don Juan resolvió despedirse.
Y enderezó a lo de su primo, el Zorrino.

— ¿Qué anda haciendo tan temprano? —gritó éste en
cuanto lo vio venir.

— A consultarte —contestó Don Juan cuando hubo llega-
do.

Y le contó lo ocurrido y sus ansias de venganza.

— ¡El asunto es serio! —dijo enfáticamente el Zorrino
después de haberlo atendido con la cabeza tan ladeada que

parecía estar escuchando la voz de la misma tierra. Se puso así de la ufanía de ser objeto de consulta, ¡y por Don Juan, nada menos! — ¡El asunto es serio, pero muy serio! — repitió. No se puede agarrar al Peludo en la pulpería porque flor de batucue se va a armar entonces...

— Y por eso mismo digo — interrumpió el otro. Y yo no quisiera golpiarlo mucho, por ella, la pobre. Darle un sosegate, pa que aprenda... pero con cuidado de que no se me vaya la mano porque...

— Bueno, está bien... — seguía, completamente para sí, el Zorrino, golpeando el suelo con la bota, muy pensativo. — La cosa es brava, derecho. Esta cuestión tiene que...

Y como a pesar de no callarse sólo hablaba en términos inconducentes, Don Juan, de pronto, se incorporó y dijo:

— Mirá, lo mejor es ir a la pulpería y allí, observando la cosa, se verá lo que se hace.

Muy bien parecióle al primo tal determinación. Casualmente él, en ese momento — dijo — iba a proponerle lo mismo.

Salieron, pues, y se encaminaron a la pulpería.

LA PULPERIA DEL PELUDO

El sol empezaba a subir por el cielo. Un calorcito lindo flotaba en el aire. El campo estaba liso y verde. De cuando en cuando lo hacían temblar de rojo y de blanco las margaritas, y de amarillo la flor del macachín. En cuanto pasaron un espinillal, el Zorro y el Zorrino enfrentaron la pulpería.

En ese momento, a patacón por cuadra y maletas al hombro, a pasos reposados pero adrede largos como si caminara en zancos, se retiraba el Pato, que había ido a surtirse. Como a la media cuadra, no más, lo atajó el griterío del Peludo. Se dio vuelta muy inocente y el pulpero le rugió, echando espuma:

— ¡Entregue lo que se lleva de arriba, pedazo de perdulario!

— ¡Epa! ¡A mí no me ofenda, sabe que más! —protestó el Pato, indignadísimo.

Y en un ademán se le cayeron cuatro o cinco cartuchos de tabaco que llevaba bajo el poncho, porque, con el apurón, no los pudo meter en las maletas.

— ¡Ha sido distraído! —se disculpó contemplando el desparramo entre los pastos — ¡Como uno tiene tantos asuntos en la cabeza!

Sin decir ya palabra porque, a pesar de los pesares, nunca conviene perder clientes, el Peludo recogió los paquetes, lanzó una mirada al sesgo para ver quienes eran los dos que desmontaban en la enramada y volvió a entrar. Pero era tarde. Aprovechando su ausencia y la del Chajá, el dependiente, salido al alboroto tras su patrón, el Hurón le había hecho hacer gorgoritos a una botella de caña con guaco, y el Biguá, como no tenía otra cosa a mano, se había empinado un licorcito de rosas, de ése que en las fiestas constituye las delicias del hembraje. Sólo dos parroquianos permanecieron circunspectos: el Carancho, muy en tranca ya, y un Avestruz tuerto y gorra de vasco, con cara de pocos amigos. Algo maliceó el pulpero y registró con los ojos a la concurrencia, pero le devolvió la tranquilidad el oír que el Hurón, hecho un libro abierto, decía:

— El que roba a un pulpero no puede tener perdón.

El Dormilón, que duro y todo había arrebatado un puñado de bizcochitos secos, agregó, entre hipos:

— ¡Mucha razón tiene el que habla!

Y oliendo a flores, el Biguá afirmó, rotundo:

— ¡El Pato ha perdido la dinidá!

— Como tiene tanta gurisada... —se abrió dulcemente una voz.

Era la de un joven Aperiá que, en mangas de camisa, con golilla y chiripacito de luto, y descalzo, estaba junto al mostrador, muy humilde y sin copa al frente.

Los ojos del pulpero se hicieron brasas, al oírlo. Pero apagó el fuego el Zorro, que se había dado cuenta de todo, ha-

ciendo echar, con aire reposado, una vuelta general.

— A pagar lo que gusten, paisanos.

El, el Zorrino, el viejo Carancho, el Ñandú tuerto, el Hurón, el Biguá y el Dormilón pidieron caña. Quien con guaco, quien con pitanga, quien lo pura que era dado esperar en aquella pulpería. Después de mil instancias, el Aperiá aceptó un anisito.

Y mientras el Zorrino y el Carancho se separaban un poco para conversar, como siempre, de un irrealizable negocio que hacía tiempo tenían entre manos, pronto la conversación giró en torno a Don Juan, el cual aseguraba que se venía una suba del ganado como para seguir a las nubes; que con un poco de capital, era cosa de volverse rico en una estación, no más...

Al escuchar que se hablaba de plata, el Peludo terció también. Y charlando, charlando, desembocó, cuando menos el mismo lo esperaba, en la confesión de que hacía tiempo que andaba con ganas de aprender a enlazar. No dijo para qué cosa; pero la secreta idea que él, ya de mucho, tenía, era la de empezar de una vez a hacerse hombre de campo. Porque un negocio no se puede emprender sin conocimientos.

Don Juan lo agarró en el aire.

— Conmigo puede contar pa lo que guste. Lo poco que yo sé, puedo enseñarselo cuando quiera. Después usted, que es tan de buena cabeza, hará lo demás.

— ¡Agradezco en lo que vale! —respondió el Peludo ya viéndose dueño de una “suerte” de campo, con buenas poblaciones, y todo—. Y voy a ser curioso, y disculpe, ¿pa cuando podríamos emprencipiar?

— Pa esta tardecita mesmo, si quiere —contestó Don Juan, comiéndoselo con los ojos—. A la salida de la pulpería, si le parece.

— ¡Pero en seguida va a estar muy oscuro, compañero!

— No le hace. Así hay más dificultades. Así es como se aprende. A ver, ¿cuánto se debe? Nosotros nos retiramos y luego caeremos a...

— ¡Eso sí que no, amigazo! —interrumpió el Peludo—.
¡Usted se me queda en ésta que es su casa!

Y dando la vuelta al mostrador para estar más cerca del Zorro, ordenó al Chajá, su dependiente:

— A ver, andate adentro y traete de mi damajuana y servinos en vasos grandes.

Pensó que, por el parentesco con Don Juan, debía también cumplimentar al Zorrino y, aunque haciéndosele un poco cuesta arriba —ambos nunca se pasaron— de lejos, no más, le habló con cariñoso acento al que se hallaba muy tieso en un taburete.

— ¿Y qué tal, amigo Zorrino? ¿Qué es de esa preciosa vida?, ¿qué anda haciendo?

— El Zorrino respondió, como tiro.

— ¡Aquí andamos caminando! —y volvió a atender trabajosamente al cada vez más trabajoso discurrir de su amigo, el viejo Carancho, a punto ambos, ya, de perder todos los hilos del tema y quedar callados en su hosquedad y como cada uno en una isla desierta.

El Peludo, ahora al lado de Don Juan, no cabía en sí de gozo. Don Juan era mentado en muchas leguas a la redonda por su destreza en el lazo.

— Si yo, después, es claro, le propusiera el negocio —pensaba el tío de la Mulita—. Si lo pudiera traer conmigo... con lo inteligente que es y con lo que conoce el lazo... Pucha, ¡sería cosa de volverse uno rico a la vuelta de pocos años! ¡Tome! ¡Metalé, no más, Don Juan! ¡Valiente! ¡Por favor, Don Juan, no me haga cumplidos! ¡No me le mezquine a ese vaso, no me le mezquine!

Y miraba el mostrador, lo que sin tornarse podía apreciar a derecha e izquierda de la poblada estantería, el billar remendado y con el verde del campo cuando se empecina la sequía.

— ¡Me hago una reforma a todo esto! ¡Ensancho! Lleno a "La Blanqueada" hasta el techo de mercadería.

Ya tenía el Zorro medio embarullada la cabeza —cada tra-

go de ellos ¡claro! valía por dos o tres de los de los otros, porque la caña era de la damajuana de abajo de la cama— cuando consiguió despedirse.

— A ver, mozo —dijo encarándose con el Chajá, que hasta de lejos chocaba por su aire de falsedad— a ver, ¿cuánto se debe de la primera vuelta?

— ¡Por favor, Don Juan! —saltó el patrón— ¡si aquí no se debe nada!

De gusto el Zorro hizo fuerza por pagar, pero el pulpero habló hasta de que se ofendía.

Salieron los parientes, el Zorrino como con un empaque a lo toro y los ojos como botones. No habían andado diez varas en dirección a sus caballos cuando el Peludo, adrede para que lo oyeran aunque hubieran salido al galope, dijo con la vista fija en las espaldas de los que se iban, y con voz poderosa:

— ¡Pucha, mozo bueno, Don Juan, sin despreciar al primo y a los presentes! ¡Eso vale lo que pesa!

Y dirigiéndose a los contertulios, y dejándolos fríos, agregó, bastante por lo bajo:

— Miren, muchachos, que lo que no le dejé pagar a Don Juan fue lo que tomó él y su primo. Lo otro, ustedes ven que tiene que correr por cuenta de ustedes.

— ¡Pero si yo no tomo más que cuando invitan! —exclamó, muerto de disgusto, el Aperiá que, como siempre, se hallaba sin un cobre.

— A mí no me cuente nada. Aquí se paga y no hay nada que hacerle.

— Pero, ¿y con qué? —volvió a decir el Aperiá que no sabía donde meterse, y tragando una saliva en la que volvía a sentir gusto a anís.

— ¡Con qué! ¡Con qué, has dicho, pedazo de... !

Sonó como un trueno, producido por una patada del tuerto Ñandú gorra de vasco. Temblaron las cosas de arriba del mostrador.

— ¡Bueno, bueno! —vociferó. ¡Qué tanto escándalo por

unos cobres desgraciados! El señor tiene razón, ¿sabe? Y usted, pulpero, ¿es de lo último! ¡Aquí hay plata! ¿Cuánto le debe el señor, y le debe el Carancho y le debe el Hurón y le deben todos y le debo yo, también? ¿A ver? Y menos griterío, que aquí ninguno es sordo, ¿comprende?

— ¡A ver, a ver! ¡A ver, a ver! —musitaba sin fuerzas, como rezando, el Carancho viejo—. ¡A ver, a ver!

— ¡Pero amigo... ! —se disculpó el Peludo—. Si yo dije solito que...

— ¡A ver, a ver! ¡Cuánto es el consumo! —insistía el Ñandú, enfurecido.

— ¡Dos reales y medio, don; dos reales y medio! ¡Poca plata!

— ¡A ver, a ver... ! ¡A ver, a ver... ! —seguía el Carancho sin darse cuenta por los humos de la caña de que todo se estaba arreglando.

Pagó el Ñandú, guardó el vuelto y salió hacia la enramada a tranco lento, con el Aperiá a la zaga, casi corriendo para no distanciarse.

— ¡Si yo nunca tomo, don... ! Yo no soy afeto a bebida de ninguna clase. Además, no me gusta acetar envites sabiendo que yo nunca puedo hacer echar una vuelta por mi cuenta. Usted ve... es feo. Yo voy a la pulpería solito por pasar el rato...

Montaron y salieron al trote, todavía abrumado el uno; el otro, encapotado su ojo único.

Al llegar a la cruz de los caminos despidiéronse, con dulce ceremonia el Aperiá y, el Ñandú, con gravedad austera.

LA VENGANZA

Ya el sol había dejado la tierra a sus espaldas. La luna, blanca y buena, asomó de atrás de una cuchilla. Y todo lo que antes se hallaba negro de golpe dejó caer su sombra sobre el pasto y se dejó vestir en luz plateada. Bajo aquel amoroso manto el mundo quedó como un niño dormido. Dise-

minadas hasta lejísimos, las estrellas escudriñaban por ver en qué parte no había luz. Y hacían señas. Subía entonces la luna un poco más, y hasta allí llegaba también algo de su candor.

En eso se estaba cuando, de entre los espinillos que ocultaban el recodo de un trillo del campo abierto, vióse a dos jinetes aparecer hacia la callada pulpería por cuya puerta salía luz.

Eran Don Juan y el Zorrino. Al llegar a la enramada:

— ¡Ya creía que no venían! —exclamó alguien desde la puerta. Y se adelantó a saludar entre reverencias.

— ¿Cómo vamos a faltar a la palabra?

Así respondió Don Juan deteniendo su tostado y sin intentar apearse.

— Bueno, señores, y como no gustan abajarse a tomar un trago —dijo el de a pie olvidando que no había dicho nada— con permiso.

Retrocedió, cerró la puerta de su establecimiento, le puso por dentro la tranca de fierro. Momentos más tarde se apareció por retaguardia de la casa y ya montado en un sabino media sangre, bastante pesadote, como caballo de andar de todo pulpero.

— ¡Señores, estoy a la disposición!

Giraron los recién llegados y, a trote corto, el Peludo en el centro, avanzaron por la llanura. Un fresco muy agradable empezaba a descender. El suelo brillaba por el rocío y por el creciente acribillar de los bichos de luz ya llegados jamás se sabe de dónde, porque su vivir es de los misterios más cerrados que hay. (De día ¿quién, no me dice, es el que ha visto alguno? De noche se enseñan solito cuando ellos quieren. Está a ciegas usted y, de repente ve y en seguida no ve que le ha pasado casi rante, uno de ellos en su vuelo). Resplandecía por donde avanzaban los jinetes. Húmeda hojita que se hallara en buena posición hacía fulgurar tanto el rayo de luna reflejado en ella, que hasta ella misma podía creerse que estaba siendo objeto de un trato preferencial.

— ¡Pucha, Don Juan, qué incomodidá para usted!

— ¡Valiente!

— Sí, ¿y para el aparcerero Zorrino?

— ¡Valiente, digo yo también!

Parecía que de la cincha los tres llevaban a sus sombras, ahora, porque habían abandonado la senda y desviaban cada vez más, a campo traviesa, a su derecha. De cuando en cuando, un espinillo, una isla de ceibos. En el declive, como en custodia del arroyo, sauzales contrastando su forma más compacta con las sombras de toro que iban dejando entre las piedras, cada vez más, más a la izquierda.

Y por sobre todo, aquella quietud dulce, aquel silencio tan acogedor, aquellos perfumes recónditos, como venidos de la hondura de la tierra...

— Usted, en cuanto elija lo que le guste, rebolea el lazo y se lo tira a la cabeza. En seguida usted se afirma, y va a ver que las cosas le salen que es una seda.

Sin dejar de prestar fino oído, radiante y como si lo hubiesen sacado a pasear de la mano, el Peludo, aspirando a pleno pulmón y tendiendo la mirada en abanico, era embargado por la sensación plena de que se internaba en un misterio muy misterioso de los que hay pocos, porque este misterio no hacía ostentación de su superioridad, porque hasta inspiraba confianza, porque acogía, derecho.

Sobre la voluntad de Don Juan mariposeaba cada vez más de cerca algo de ese hechizo, asimismo. ¡Las ocasiones que él había cruzado la noche! Y, ahora, ahora ella parecía como que lo llamaba desde el seno mismo de su vaguísima inmensidad.

Medio como a querer caracolear empezó el cebruno del Zorrino, porque a su jinete le crecía el fastidio.

— ¿Y este caray de Juan, cuándo se va decidir y me ordena que empiece?

Era que mientras al Peludo lo estaba ahora iluminando una sonrisa que hacía años no se le aparecía, Don Juan iba irresistiblemente hundiéndose en sus profundidades, bien

hacia esa zona que quien más quien menos tiene adentro, allí donde el bien y el mal no existen sino otra cosa, allí, otra cosa que es más buena, todavía, que el mismísimo bien, sin duda alguna.

Brusco sofrenazo causado por el clavar de espuelas y por el simultáneo tirón de la rienda hizo que el caballo del Zorrino se patentizara en la noche más que un cerro.

Desensimimose Don Juan. Entonces, detuvo también su cabalgadura, con lo que hizo plantar en sus cascos al tordillo del Peludo.

— Bueno, aparecero Peludo, voy a mostrarle cómo se hace. A ver, mi primo, si rejunta algún algo y lo endereza a donde estamos. Haga que nos pase bien ajustado a nosotros.

Jubiloso, el Zorrino alzó el rebenque por sobre su cabeza y clavó espuelas. Por suerte arrancó así, de galope. Porque creyendo que pensaba, tan sólo, enunció, en voz alta, no más, su pensamiento:

— Ahora vas a ver, Peludo viejo, lo que es bueno. Ya no te van a quedar ganas de pegarle más nunca a la Mulita.

Algo le llegó, aunque confusamente al Peludo.

— ¿Qué fue, Don Juan, lo que dijo?

Le lanzó una mirada, Don Juan. Y comprobando que el tío de la Mulita permanecía completamente inocente, dijo:

— Que ahora va a ver usted cómo se enlaza. Abajesé.

Se acercó el Zorro a un ñandubay y descabalgó. El Peludo también echó pie a tierra y, de tiro el caballo, se le juntó contento cada vez más.

— De esta hecha las vas a pagar todas —iba, ahora casi a los gritos, el Zorrino, siempre creyendo que meditaba en silencio. — Cuando te toque enlazar a vos, te voy a juntar unos toros como para que la arrastrada recién te la pare el Río Negro...

Don Juan, ahora, pensaba en la Mulita.

— Pucha, si éste se descogota, le vamos a hacer un mal a ella por quererle hacer un bien...

— Habilito al dependiente, pa que agarre afición a la casa

—soñaba el Peludo—. Y yo de lleno me meto en negocios de estancia.

Así, preocupados cada cual en sus particulares asuntos, el ahora lejano galopante y los dos del ñandubay que habían marcado, nada tuvieron ya que ver con la mansedumbre circundante. La noche quedó sola. Abandonada. Lo que hacía tan oscuros como sus sombras a los tres intrusos dentro del vastísimo horizonte en paz callada.

Una vez, hace años, uno dijo:

—“Yo no sé por qué somos así.

—“¿Así cómo? —apareció el otro.

—“Así.

—“¡Sí, de veras! ¡Usted tiene toda la razón del mundo!”

Ahora, la noche parecía estar en el mundo en lo mismo de los de aquella ocasión. Todo acaba de parecerse; nadie se parecía a nada. [...]

Era todo ojos el Peludo hacia la cuchilla tras la que desapareció el Zorrino.

Aprovechó esto Don Juan. Y rodeando varias veces el tronco del ñandubay con una punta del lazo, empezó a ensanchar los últimos rollos.

— ¡Ahí se nos vienen, Don Juan!

En efecto: con el Zorrino en pos, coronó y descendía la colina un tropel despavorido. Al acercarse, la masa sombría cuajábase cada vez más de puntos fosforescentes: los de la luz verdosa, de berilo, encendida en tantas pupilas dilatadas.

La imagen de la Mulita se borró en la memoria de Don Juan. Ahora él era una fiera en acecho. Pero en un doble acecho; en el del mar de cornamentas que se les venían y, asimismo, en el del que, tan crecientemente jubiloso, de aprendiz de enlazador tenía al lado.

Don Juan echó el ojo a un yaguané que venía por la orilla de la tromba. Le cruzaron al lado los primeros quemando los pastos bajo el sordo redoble. Ya a diez pasos el torazo elegido, reboleó el lazo por sobre su cabeza, esperó a que aquel pasara y se lo arrojó. La bestia cabeceó pero siguió un

instante. Luego, al tiempo que el ñandubay enfrena el violento sacudón, el yaguané se desplomó patas arribas sintiendo por primera vez cuanto hueso encerraba su cuero.

Al pie del árbol, Don Juan hacía como que era él y no el tronco el que sostenía con tamaña firmeza el lazo.

— ¡Qué bonito! —exclamó el Peludo— ¡Eso sí es habilidá!

Intentó levantarse el toro. Pero las patas traseras no le respondieron.

— ¡Quebrastes, Juan!

Era el Zorrino que sofrenó su caballo y se arrojó al suelo antes de que se le detuviera. El y Don Juan se acercaron al derribado. Tal como quien se ve obligado a probar con los dedos un fierro caliente, así de precavidos, así de recelosos, atentos a las corneadas que, a medias incorporado en dos patas, les lanzaba el toro, recuperaron el lazo.

— Bueno, compañero, ahora le toca a usted —previno Don Juan—. Ya vio como se hace. Pero, por las dudas, como usted no es baquiano, atesé bien la punta del lazo a la cintura y saquesé las botas pa afirmarse mejor en el suelo. Va a ver que no hay animal que no domine.

Comidióse el Zorrino y le ayudó a sacarse las botas y unos esarpines de muy esmerados remiendos... ¡Ah, Mulita laboriosa...! ¡Ah, Peludo mal agradecido...! Luego, lo empearon a envolver bien en el lazo.

— Aunque te duela un poquito, no es nada —advirtió el Zorrino.

Al Peludo le desagradó la prevención y, mucho más, el tuteo; pero no dijo palabra.

Y salieron los tres, dos al tranco, vuelto a montar el Zorrino, para buscar buena colocación.

— Lo primero que hay que aprender es la sujetada. Ahí está casi todita la ciencia. Con la fuerza que usted tiene, pronto será el mejor enlazador y pialador del pago.

— ¿A usted le parece? —exclamaba contentísimo el Peludo que, en lo de la fuerza, se tenía fe.

— No es que me parezca; estoy segurito.

El Zorrino agregó, entre dientes:

— Me palpita que hoy aprendés todo.

El Peludo se hizo el chiquito.

— ¡No sea bárbaro, compañero! Hoy aprenderé, si acaso, si acaso la sujetada.

Y se tocó la cintura, no fuera que el lazo estuviera flojo. Pero, por ese lado, podía estar tranquilo. El Zorrino y Don Juan habían dado infinidad de vueltas.

— Vamos a hacer alto por aquí —aconsejó el Zorro al llegar a unos espinillos. Y a ver, compadre, si se rejunta algo especial.

Al galope se alejó el Zorrino. Y los otros quedaron conversando.

— Cuando esté oscuro —explicaba Don Juan— usté atropella, no más, y, lo que disparan, tira el lazo a los que van en la punta. Esos son siempre los mejores, los que tienen más fuerza y, por eso, nunca se quedan atrás...

— ¡Qué Lien! —exclamaba, embobado, el Peludo—. Pero, Don Juan, ¡mire usté que hay cosas! ¿eh? ¡Pero mire que hay cosas! ¡Es claro! Los más fuertes van adelante. Los más flaquerones en fija, en fija que van en el medio. Y, atrás... ¡refugo, no más, refugo!

— Yo, despacito, le voy a ir enseñando cosas que usté ni las ha soñado...

— Lo que quiero ahora es la sujetada.

— De esta hecha la aprende, ¿no siente?

Era exacto: como chuza se venía una tropilla arreada al griterío por el primo de Don Juan.

— Ya sabe, afirmesé fuerte —recomendó, apurado, el Zorro, perfilándose—. Yo tiro el lazo y usté asujeta.

— ¡Macanudo! —exclamó el otro—. ¡Metalé, cuando guste, no más!

Los potros pasaban con los ojos como brasas, casi rasándolos. De pronto, Don Juan vio venir medio aparte un overito que apenas si tocaba el suelo. Reboleó el lazo, entonces, y gritó al Peludo:

— ¡Ahora... y nos fuimos! ¡Afirmesé bien!

Obedeció ciegamente el Peludo. Clavó las uñas en la tierra, se arrolló todo... Y se fue. Porque, cuando terminó el lazo de desenrollarse, el overo siguió de largo y el Peludo saltó por el aire ya con los dedos mochos.

— ¡Ay, Jesús! ¡Asujetemén! —gritó al pasar ante el Zorro, helado de miedo. Y cayó como a diez varas, volvió a saltar y a caer, se quiso prender de un cardo y marchó con él, mientras el potro, sintiendo atrás los golpazos, aumentaba la velocidad, enloquecido de susto.

Suerte que, en una vuelta cerrada, el lazo dio por el medio en un ñandubay. La punta donde tan mal iba el Peludo, con el peso, rodeó varias veces el tronco, de manera que, cuando el potro tironeó, el árbol hizo, por fin, la sujeta. Pero el lazo se partió, el potro siguió corriendo, y bajo el ñandubay quedó el Peludo echando sangre por la boca y las narices, desmayado, como muerto.

Lejos, a las muchas cuadras, el Zorrino no podía hablar, de risa.

— Te aseguro que no tengo ganas de bromas —dijo, sombrío, Don Juan. ¡Qué barbaridad! ¿No se habrá roto la crisma? ¡Vamos! ¡Vamos!

— ¿A donde?

— A ver si damos con él. ¡Qué sé yo! A ver si... lo podemos atajar.

— ¿Pialandoló, compañero?

— ¡Dejate de bromas! ¡No amolés! ¡Pobre Mulita!

Salieron campeando. Y vieron con extrañeza que la tropilla había rumbado para su querencia. Recobrado el equilibrio entre lo de abajo y lo de lo alto, la luna, ahora en el centro mismo de un cielo sin empañó, dominaba la vasta extensión y le infundía a todo su blanca dulzura ensimismada.

— ¿Se habrá cortado el lazo?

— Así parece —contestó, el Zorrino, parándose en seco—. Y si no me equivoco, ahí está la novedá.

En efecto: a poca distancia de ellos, a la sombra de un

ñandubay, había un grupo. Era la Lechuza, que tenía su vivienda allí cerquita; un Chimango viejo de patas medio envaradas; el tío de la Lechuza, el Ñacurutú; una Nutria que no acercaba más que los ojos al herido, para no ensuciarse, y un Carpincho enorme, recién salido del agua, al alboroto.

— Vamos a bombarlos de aquí —dijo el Zorrino— porque estos nunca me han gustado mucho y a lo mejor después nos tienen a las vueltas.

Y espiando vieron que entre la Nutria y el Ñacurutú subían al Peludo sobre el Carpincho, saliendo luego, escoltándolo, ellos y, a la vanguarda, la Lechuza para indicar el camino al conductor que, como es tan retraído, ni sabía la casa del que llevaba a cuestas.

Al pasar frente al escondite de los primos, éstos oyeron que la Nutria decía al Chimango:

— Entonces a usted le parece...

— ¡Estoy seguro! —respondió el otro— Tiene que ser ese Don Juan. Supe esta tarde en la pulpería que habían quedado de enseñarle a enlazar. ¿Y no ve el lazo? Aquí está la prueba.

¡Cómo habrían atado el lazo los parientes que, por más que hicieron, los serviciales no habían conseguido aflojarlo!

De repente el herido se quejaba, daba un suspiro quejumbroso y volvía a respirar cortito y seguido. El cuchicheo, detenido cuando eso, tornaba otra vez.

— ¡Pobre Peludo! ¡Me parece que de esta hecha...!

— Sí, ¡pobre...! Y siempre fue medio tirano ¿eh...? Cualquier cosa en la pulpería costaba un ojo de la cara.

— Mal alma era, derecho. Yo...

— Enderece por aquí, don Carpincho. En cuantito vandemos aquellas chilcas, ya llegamos.

Un ¡Ay, Jesús! del herido imponía silencio y hacía amirorar el paso al Carpincho y al cortejo. Luego, reanimada la marcha, volvía a oírse.

— Y si uno le quedaba debiendo algún restito, ¡Dios lo libre! Tenía todos los días arriba al dependiente. Y ese Chajá,

amigo, era capaz de cargar hasta con los tizones si veía que no se podía cobrar de otra...

— ¡Por aquí, don Carpincho...! ¡Tenga paciencia! ¡Es una cosa que casi se puede decir que llegamos!

Y por fin llegaron. La Nutria golpeó las manos y se metió apresurada para dar primera que nadie la noticia a la Mulita. Viendo a su tío lleno de sangre, a la pobre le dio el mal.

— ¡M'hija! ¡M'hija! ¡Qué te pasa! —repetía, como una gotera, la Lechuza, atendiéndola—. ¡Qué te pasa! ¡M'hija! ¡Qué te pasa!

Y hacía señas para una cama grande, que antes debió de haber tenido dosel porque ostentaba, muy arrogantes, los sostenes.

Entre los machos cortaron a chuchillo el lazo, acostaron al Peludo, lo cubrieron bien y volvieron alrededor de la sobrina, ahora sentada en su sillita de cuero. Mientras la reanimaban dándole aire con los sombreros, la Nutria, curiosamente, un poco retirada, miraba el cuadro procurando guardar todos los detalles en su memoria poco tenaz por desgracia.

Cuando se sintieron sin objeto, empezaron a mirarse y a mirar para el suelo y para el techo. Entonces, la Lechuza dijo que con ella no se precisaba más, y que se quedaría hasta el día. Y los demás se fueron y a pie, unos, otros, a caballo, entraron a la noche ahora sólo con estrellas. Era que, una vez que todo estuvo atemperado en este país, la luna se había dejado resbalar silente por sobre inmensos mares de olas, hacia otras cosas y otros seres aun sin su asistencia. Se fueron, así, indiferente, el Ñacurutú; apurado por tirarse al agua, el Carpincho; el Chimango embarullado con todo aquello; y bastante incomodada la Nutria porque se ofreció para quedarse y la Lechuza le dijo que se retirara, no más, en tal forma que fue como un empujón.

— ¡Arrastrada de los diablos! Así está de mal mirada, por lo antipática —monologaba la ofendida.

Y alcanzó el Carpincho, que siguió apurado, casi sin oírla.

— ¿No la vio que parecía la dueña de casa, don Carpincho? ¡Parece mentira, tan audaz! ¡Y quién la ve pa tantos tonos! Eso que dicen de que vive con el tío, con el Ñacurutú, es una fija, mire. La Víbora me contó que es una cosa de verlos todos los santos días...

— ¡Bah! —exclamó el Carpincho, llegando al arroyo. Y se zambulló en el agua.

Capítulo II

La Comisaría

Con pereza los brazos del Tigre surgieron de abajo de las sábanas y sobresalieron de la cama, cada cual por su lado, apretando los puños, estirándose y encogiéndose hasta quedar en escuadra. Al mismo tiempo el Comisario abrió la boca, así dejándola hasta que todo el sonoro bostezo hubo salido. Entonces la cerró y entonces se le abrieron bien de par en par los ojos. Para poco los hubiera precisado el Tigre si no fuera que, abandonando en calzoncillos el lecho y pisando con los talones, él recorrió la aldabita del postigo que daba al campo. A lo gato la luz y también un aire fresco abalanzáronse a la cara. Pero debieron contentarse sólo con sus hombros, pues conteniendo sin mayor esfuerzo un parpadeo, él se allegó a la silla que le presentaba, irreprochablemente estirado, un uniforme de gala —de Capitán, lo menos—. Ya sobre la alfombrita, parado, no más, empiernó las rojas bombachas, sostúvolas de la pretina con la mano, se sentó al borde de la cama y, en un santiamén, quedó de escarpines. Al momento empezó con las botas. Introdujo la primera hasta media canilla, la cogía de las orejas... y tiro-neaba hacia sí al tiempo que movía el pie, en ayuda... Luego se incorporó, se meció un poco sobre los pies y enderezó a una puertita chica que venía a quedar frente a la puerta grande. La abrió, pasó, volvió a cerrarla, pudoroso. Se quedó quietito un momento adentro... y volvió a aparecer para avanzar hacia el lavatorio. Era éste un trípode de hierro con una palangana encima y, abajo, una jarra grande. Vertió agua, depositó la jarra en su sitio... retrocedió un corto paso.

Entonces se inclinó, situó la cabeza sobre la palangana, y empezó a echarse agua con las manos. Apretaba la boca, el Tigre, juntaba aire con las narices y, después, resollando lo hacía salir por entre los dientes. El agua bullía furiosa como si abajo tuviera fuego prendido. De repente acallábanse los ruidos y se quedaba serena. Era que, la cabeza en alto y mirando abstraído hacia el techo, el Tigre andaba con el jabón. Pero cuando tenía bastante espuma en las manos se venía a plomo con la cara, ya a resoplidos en el aire. Le daba fuerte al pescuezo. Después pasaba bien por atrás de las orejas. En seguida hurgaba en ellas y metía el dedo en el conducto, vibrándolo. Tal el mangangá cuando revuela, revuela ante el agujerito de su tronco y, al fin, se decide y se manda para adentro, y sale y vuelve a entrar en caprichos y, de repente, agarra hacia el campo y se pierde de vista. El Tigre, más tarde, empozaba agua en las manos, se la llevaba a la altura de la boca y la hacía saltar por el cuarto en chorros y goterones, mientras, más livianos los ruidos salían al patio, lo atravesaban de extremo a extremo, apresuraban, al llegar a la cuadra, un nervioso vestir de milicos. A los primeros rebufes del Jefe, ya una partida, que llegara poco antes con un preso, los hizo abandonar sus catres o pararse ante sus aperos en el suelo, chacoteando. Pero cuando se produjo aquel profundo silencio del Comisario, hubo afiebrada premura en el largo recinto de cebato.

Enojalándose los gruesos botones plateados de su chaquetilla, el anciano Sargento Primero Cimarrón previno, en ascuas:

— ¡Ya se está secando y peinando! ¡Ya se va a venir! ¡Afuera todos, y dejenmé sus bártulos en orden, que si él hoy está con luna es capaz de antojársele hacer inpección...! ¡No pise esa guitarra, amigo!

— ¡A mí me falta una bota! ¿Quién me ha agarrado mi bota?

Efectivamente: en la distante alcoba, con diligente rapidez, la afelpada toalla enjugaba medio cuerpo del Comisario. Ahora, del asiento él retiró su camiseta y su camisa y se las

puso, metiéndose los extremos bajo la bombacha y sujetando todo con el primer cinto. Luego, la chaquetilla militar, que le dejó, el tronco, entrecruzado de entorchados y alambres, y, los hombros, con sendas charreteras también de oro. Andaba todo el día de gala desde hacía como un mes; justo desde que a la otra chaquetilla, la de diario, la traspasó con la plancha el Asistente Mirasol, quien al sentir el olor montó en pelo, nomás y emigró al Brasil. Después se anudó la gollilla colorada, después ajustó el correaje del sable mediante el otro cinturón, el charolado. Al salir iba lográndole su adecuada inclinación al quepis de ondeante plumacho punzó.

Cuando apareció en la puerta despidiendo luz debido a que el sol dio de lleno en sus charreteras y entorchados, ni siquiera un instante, un instante se dignó mirar las bruscas rigideces de los milicos que momentos antes se diseminaban por el patio para ganar asiento ya en bancos ya en las emergentes raíces del ombú y, así, dejarse agarrar por el Superior en actitudes semejantes a las de quienes están aburridos de hallarse las horas perdidas en el ambiente. De cejas fruncidas, con porte tal, y en brusco apagón de sus fulgores, entró el Tigre a la Mayoría, el único recinto de piso de baldosa y, además, nada menos que con el cuadro del Escudo Patrio colgado en la pared, con unas cuantas sillas y con el veterano escritorio negro donde se exponían un tintero seco, una lapicera ferrugienta, un librazo —al parecer código— de buenas tapas coloradas.

El escritorio estaba poblado de cajones que, desde que había llegado el mueble, nunca se pudo aclarar bien para qué eran. El grande, el del centro, soportaba papeles ya amarillentos; de cuando se estableció la Comisaría y se respetó la costumbre de extender a los milicos recibos de la paga, y se escribía cuanta declaración se tomaba. Pero después que lo mataron al primer Comisario y vino el nuevo, y se descubrió que el que revistaba como Escribiente —hermano de leche del General— ni sabía escribir ni siquiera se aportaba por la Comisaría, y que quien cumplía sus funciones había

sido el propio finado, entonces, entonces la flamante Autoridad resolvió que todo fuera de palabra puesto que él tampoco sabía. Y que allí nadie tenía corona, y que el Escribiente se presentara en el día a hacer servicio como cualquiera. Luego, los otros jerarcas siguieron cumpliendo tal resolución. Unos, debido a que tampoco sabían ni hacer bien redonda la o. Y dos de ellos porque, total, así lo mismo las cosas marchaban bien. Cuando lo nombraron, don Tigre estuvo en dudas. El leía, puede decirse, casi de corrido. Y si hiciese práctica un rato todos los días, no era cosa del otro mundo escribir lo que saliese. Pero esto coincidió con lo de las Nutrias, que habían perdido al padre y estaban solas la infausta noche. Hubo robo y, para peor, hasta violación de toditas ellas. De todas no, porque la vieja se había escondido en el horno, que fue donde los facinerosos no revisaron; pero sí de las muchachas y de la peona, a la que hicieron bajar de arriba del rancho cuando salió la luna y la iluminó. El peligro surgió entonces muy serio para el pago. No podía ser cuestión de que los gauchos tuvieran que estar noche y día atados a estaca en las casas, igual que si, de golpe, a las pulperías se las hubiera tragado la tierra; y menos pretender que se durmiera con un ojo abierto y las armas abajo de la almohada o, si uno duerme en el suelo, metidas en el hueco del basto, como a campo raso. Y que ése no iba a ser el último desmán, bien se presumía. En menos de tres meses, ahí estaban, todavía de luto y gruesas, las Chanchas de un poco más acá de la Boca del Sauce; y como quien va para las puntas del arroyo Figuritas, así quedaron las Garzas Rosadas, que eran más que lindas ¡y ocho! Esta vez en pleno día, a la siesta. Ya es bastante intranquilidad el morir en la ignorancia de qué es lo que está rodeando a la vida. Y eso, todavía, de que uno se tenga que morir con intranquilidad por la suerte, ya antes de casarse, de las hijas, no tiene nombre. Peligro de robo con o sin incendio hay siempre. Pero es que aquello ya pasaba de castaño a oscuro. ¡Como para pensar, pues en hacer práctica de escritura,

el Tigre! Distribuyó con estrategia sus soldados y ya no se ocupó más que de planear y dirigir en persona las batidas. Con la experiencia que había adquirido en sus tiempos de contrabandista en la frontera, hizo prodigios...

Esto en lo referente al cajón grande del centro, decíamos. En otro, de los chicos, tenía tabaco en cuerda, el Comisario, y mazos de fina chala. Los demás, a no ser el de abajo de todos, se hallaban vacíos. El de más abajo, que era muy hondo, sí, estaba lleno. Pero de chucherías, de refugio, no más, de cosas incautadas a los rateros, y que seleccionaba el Tigre y guardaba para que aparecieran como descargo de su conducta si, el día menos pensado, fuera a la capital alguna denuncia y el Coronel Puma ordenaba levantarle sumario y él no le caía en gracia al sumariante. De perfume había un frasco vacío, que en una ocasión él puso allí bien tapado, previo el echarse toda el agua en la ropa y en la cabeza; en fin: anillos que ellos solos no más se habían puesto negros, varias bombillas de alpaca, chuspas... En una cajita aparte, un cartón con seis botones pegados, unas peinetas, y tres medias largas, de hilo; dos negras y una rosada. Esto último era el único resto de cuando la autoridad peleó y consiguió agarrar a los que mataron en El Sauce al Vizcachón mercachifle. La media que faltaba, la compañera de la rosadita, fue con la que le ligaron el brazo al milico herido para detenerle la hemorragia; pero se les fue en sangre, lo mismo, aunque se la pararon allí, porque, distraídos, no cayeron en la cuenta de que el trabucazo que sonó en el entrevero le había dado de lleno en la mitad del espinazo. Si hubiera tenido más sangre, flota mientras lo mantenían boca arriba en el suelo, doctoreándole el brazo. Al lado de la cajita, modestos cuchillos, boquillas de mate, un atado de escarbadientes de pluma, un retrato a lápiz, con su dorado marco, que nunca se supo quién era. Y abajo de todo, cuatro blancas flores de trapo y una de papel, también blanca, que era malvón: de cuando el desacato y muerte en la fiesta del Velorio del Angelito, a la entrada del verano.

Todo esto encerraba en sus cajones el severo mueble ne-

gro donde, con todo su peso, se apoyó el Comisario Tigre, malhumorado. Como quiera que sea, el Comisario había contrabandeado muchos años. Por eso, por eso mismo en la Comisaría siempre andaba de luna. El, sin querer, sin advertir bien la causa, al sentir milicos se enfurecía. Así que, después de cruzar el patio, al sentarse en su despacho se sacó de un manotazo el correaje con el sable y lo había largado violento contra el tintero. Claro que más parsimonioso ahora, el Tigre puso también allí el lindo quepis de enhiesto plumacho y se pasó la blancura del pañuelo de bolsillo por la frente. Al alzar los ojos, que había cerrado evitando el roce al enjugar, se le apareció, cuadrado en la puerta como para retratarse, el Sargento Primero Cimarrón. Su Superior lo miró con súbitas ganas de atropellarlo. Pero, acostumbrado ya a contener sus arranques ante presencias uniformadas, se dominó, se puso el quepis, se echó un poco atrás en el asiento, miró al escritorio.

— ¡Pasá ! —dijo— Y prestó oídos.

— Este amanecer se ha prendido a una Comadreja lavandera que ha dejado tan sin ropas a su patrona, que a estas horas la pobre señora debe de andar con chiripá del marido... y de poncho.

Antes de empezar a hablar el Tigre agachó más la cabeza, como confiándose con su escritorio.

— Para mí, que se peleen y se maten, no es tanto. Total, de algo hay que morir, y nadie va a tener la pretensión de quedar para semilla. Yo, a eso no le hallo mayor delito. ¡Pero lo de que me anden con rapiñas...! ¡Es que desde hoy en adelante no les voy a aplicar más que las últimas hojas del Código que, ésas sí, son bravas! ¡Ya no hay pacencia que aguante!

Hizo un esfuerzo y consiguió aplacarse. Esperó un poco, por las dudas, pues en el fondo, él quería ser justo. Seguro de sí, ya, ordenó tratando de mostrarse hecho el fiel de una balanza.

— Bueno, a ver, Sargento, que saquen a la detenida y ha-

ganlá pasar a prestar su declaración.

De nuevo todo fue luz del día en la puerta. Se escucharon ludimientos de sable. Hubo una pausa. Se aparecieron otra vez los ruidos. En seguida:

— ¡Epa! ¡Epa! ¡Atajen! —se derramó el griterío.

Al mismo tiempo un chisporrotear de latas fue debilitándose a la distancia como si se estuviera volviendo eco; y en los primeros momentos el estrépito seguía tan a los garrones a una Comadreja en fuga, que parecía ser su ruido.

Helado se quedó el Comisario, con el quepis a la nuca. Después, de una viaraza, apareció su figura en la puerta, sable en mano, más que vivos los resplandores en su uniforme.

— ¡Pocos van a resultar los cepos y los grillos si no me la atajan! ¡¿Pero no me han dejado escapar a la detenida?!

Del sacudón de contrariedad, el quepis saltó atrás, volvió a entrar en el despacho con el plumacho ya arriba ya abajo, y se fue a detener tapando el tintero.

— ¡Pero...! ¡Pero...! —seguía el Comisario, sin advertir esta otra fuga. Y como no encontraba palabras bastante fuertes para ensartar en la frase, pisoteaba el suelo peligrando abollarle las puntas a las espuelas, en el cimbronazo.

— ¡Pero... pero es cosa grande!

En la accidentada llanura, la Comadreja iba sacando cada vez más distancia a los perseguidores. Desapareció un soldado. En el sitio se levantó por él una dorada nubecilla de polvo.

— ¡Así te hayas matado! —deseó y le gritó el Comisario. Y continuó haciendo fuerza con la vista sobre las espaldas de los que seguían corriendo.

De pronto sufrió el asalto de una idea. Guardó entonces el sable y aminoró la potencia de su mirar, sosteniéndolo un poco más abajo y al costado, adrede viendo ya casi de reojo, no más, a sus subordinados. Es que pensó:

— ¿Y si, por miedo al castigo, a estos infames les da por no parar y me ganan el monte?

La desesperación que le llegó en seguida hízolo saltar en la forma del que, distraído, se ha parado, justo, sobre un desparramo de brasas.

Entonces, decidió detenerlos. Con el propósito de acer-carles más la voz, corriendo pasó el Comisario la portera del patio, pasó ante el palenque y su enramadita, dejó a mano derecha el corral de palo a pique, siguió a los gritos tras los ya lejanos perseguidores despidiendo fuego por su pechera y sus hombreras.

— ¡P'atrás! ¡Asujetensén! ¡Asujetensén, ordeno!

Cuando a los milicos les cruzaron rodando las voces (que seguían adelante e inatendidas iban a meterse en los oídos de la Comadreja) ellos intentaron pararse. Y hasta se echaron para atrás, hasta casi quedar en falsa escuadra. Pero, como sucede, botas y alpargatas continuaron corriendo un trecho por su cuenta. No había boca que al dueño no le pareciera chica, de tanto aire que estaban reclamando los pulmones. Y a la Comadreja, a la Comadreja se la había tragado la tierra.

Mientras los veía retornar y recibir la incorporación del que había caído:

— ¡El Recluta! ¡No te dije! ¡El Recluta! —el Tigre, así bramante, estaba calculando que, como toditos sus milicos eran culpables, no iba a tener con quién mandarlos a las guascas.

— ¡Si solito quedo yo en libertad, esto no tiene fundamento!

Y se dio vuelta sin esperar a los suyos para cruzar el patio, apagar y encender su fulguración al pasar bajo el ombú, y atenuar definitivamente aquellos brillos cuando se metió en la Mayoría a ganar su silla. Mas fue todo uno sentarse y quedar parado y hecho arco.

— ¡A que alguno se me alzó anoche con el tintero!

De un manotazo levantó el lindo quepis. Y se sintió duramente defraudado, porque apareció el tintero. Por tal razón fue que exclamó:

— ¡Chamuchina como ésta, jamás se ha visto!

En seguida el Sargento Primero Cimarrón asomó, muy,

muy cauteloso la cabeza, trepidante por el jadeo. Y la volvió a retirar como si le hubieran salpicado la cara con agua caliente.

— ¡Sargento Primero!

Ahora éste se recortó de cuerpo entero en la puerta, haciendo la venia y tartamudeando:

— ¡A la orden, mi Comisario!

Parecía que, de los nervios, había quedado más chico. Pero lo que en realidad acontecía era que en la corrida se le había bajado el cinto, y las rojas bombachas daban casi en el suelo, como polleras.

— ¡Mande formar, que voy a pasar revista a la tropa!

Se hizo humo el Cimarrón. Se oyeron voces de mando, ruido de sables, otra vez. El Tigre se miró a los pies y, regulando bien el paso, salió bajo esa vigilancia al patio, envuelto en luz. Al aparecer, ya llevaba erguida la frente, pero tan crispada por la ira que distinguía por entre los pelos. Con todo, se contuvo él en el marco de la puerta. Así, dio humanamente tiempo a que los rezagados Soldados Mao Pelada, Tamanduá, Avestruz, el Asistente Macá y el todavía lleno de tierra Recluta Carpincho se incorporaran a la fila.

Atrás, a los metros, uno de los tremendos ombúes hacía vasto dosel al marcial cuadro.

Delante de la tiesa milicada el Sargento Primero Cimarrón ponía la vista tan, tan fija en el filo de su machete, que la mirada le salía de allí partida en dos.

El Jefe, marcando el paso como si se lo regulara la banda lisa, empezó a recorrer la formación cortándole el respiro al que le llegaba al lado. Pasó casi refregando —o los otros creían que casi— a los Soldados Macá, Aguila, Cuzco Overo, Cuzco Barcino, Gato Pajero, Gavilán, Flamenco, Mao Pelada, Tamanduá, Avestruz, Recluta Carpincho, (faltaban, en “comisión”, los Soldados Carancho, Cigüeña, Carao) pasó frente al Cabo Pato (faltaba, en “comisión”, el valeroso Cabo Lobo).

Estaban, como de palo, por orden de estatura. Siendo de una misma medida los uniformes que nos mandan de Monte-

video, algunos servidores, los más petisos, parecían metidos hasta el cinto dentro de un atado de ropa roja, de tan bajas que tenían las abollonadas bombachas. Otros, el viejo Avestruz, y el Recluta y el Flamenco en la extrema derecha —donde la línea de quepis daba un brusco salto hacia arriba— dejaban asomar media canilla porque, para peor, estos tres servidores estaban con las alpargatas de cuando abandonaron el lecho. Los sables de reglamento, iguales, claro, todos, por relación allí cambiaban de tamaño hasta lo que no se ha visto nunca. Los del Avestruz, del Mao Pelada, del rechoncho Recluta, les pendían como espadines. Y el Pato, los Cuzcos, el Gavilán, el Yacú, el Asistente Macá, etc., de tan grandes que les quedaban parecía que andaban con armas de monumento. Para la variante en los quepis no era la estatura lo que obraba sino el grandor de las cabezas. Así, el Carpincho tenía que llevar el suyo a la nuca porque no le entraba ni haciendo fuerza o si no le sucedía la desgracia de un planchazo. Y el Avestruz, el Cabo Pato, el Aguila y otros tantos, sudaban a ciegas pues, así como estaban, en posición de “firme”, no podían acomodárselos y se les iban hundiendo hasta el pescuezo, en el jadeo.

Faltaba una chaquetilla, que fue la que se quemó con el finado Cabo adentro cuando el personal de la Comisaría acudió a apagar lo poco que quedaba en el incendio del rancho de las Nutrias, en Puntas del Estero. Por eso el Recluta Carpincho estaba de particular hasta la mitad.

Después de ir de punta a punta, el Comisario había vuelto a situarse al centro y de frente. Como el sol le daba de lleno, medio cuerpo lo tenía en rutilaciones.

— ¡Esto de que se pasen todo el día de mucha guitarra y chupando caña, trae estos resultados!

El Tigre hizo un esfuerzo por interrumpirse al sentirse impulsado a hollar el terreno de las confidencias. Pero no pudo resistir.

— ¡Sí, chupando caña, he dicho! ¿O se creen que no me doy cuenta que toditos ustedes esperan a que yo empiece a

pegar unos tragos por mi languidez de estómago y, cuando se aseguran de que ya no les puedo sentir el olor, se prenden como mamones a la bebida? Ahora que se me ha acabado la pacencia, sepan de una vez que ustedes a mí no me engañan jamás; que lo que hay es que he sido un padre para toditos. ¿Cómo fue que se cayó al agua, vamos a ver, el finado hermano de éste, el finado Flamenco? ¡En tranca! (Cual si el que se ahogó fuera él, se estremeció el Soldado Flamenco). ¿Cómo fue que se incendió también él, en el incendio, el finado Cabo? ¡En tranca! ¿Cómo fue que te vinistes abajo del mangrullo vos, Mao Pelada, y no quedastes como bosta de aplastao porque recién llevabas subidos la mitá de los travesaños? ¡En tranca, caray! ¿Cómo, sin estar en esas condiciones, se puede dejar, no más, una plancha caliente que era un fuego arriba de la ropa?... Y, oiganlón bien: ¿Para qué, Cuzco Overo (casi se vino al suelo ese Soldado de tanto que inclinó la cabeza, ya arrepintiéndose de todo lo que fuese a revelar el acusador), para qué te ponés a chacotear como que me das serenatas por la ventana, y me hacés así quedar adentro del cuarto, aprovechándote...?

Iba a continuar: “de que soy loco por la música”, pero se contuvo y se sonrojó a pesar de su furia. Y quedó con el pensamiento saltando sobre la última palabra pronunciada hasta que desde ella obtuvo una transacción con las que debían seguir:

— ¡...aprovechándote... aprovechándote vos, sí, de que, en ocasiones... a mí un poco me gusta la música! Pues sí, m'hijito, me entretenés para refrescar a alguno en el barril del agua o para acostarlo, porque se le ha ido de más el codo. ¡Sepan, sepan al fin la gran verdá! ¡Yo me daba cuenta de todo! ¡Yo te voy a dar música, de aquí en adelante! ¡Cuando te vea otra vez con la guitarra en mi ventana, les voy a registrar hasta abajo de los catres! ¡Y al que pesque durmiendo la mona lo voy a hacer pasar por las armas, como no lo he hecho nunca aquí: en público y con todas las formalidades, para ejemplo!

Los soldados respiraban a escondidas, de “firmes” que se mantenían.

— Y ahora, de aquí voy a destacar dos partidas, que han de salir para darme con la ladrona. Cuando vuelva el Sargento Segundo Cuervo, él se va a poner al frente de un piquete. Y usted, Sargento Primero, usted me va a tomar tres hombres: vos y vos y vos —y señaló al Soldado Cuzco Barcino, al Soldado Avestruz y al Soldado Mao Pelada— y me empieza desde ya la persecución.

Giró sin más sobre los talones para volver a la Mayoría; pero, antes de adelantar un paso, ya con vuelta contraria quedó otra vez de frente y mirando al rígido conjunto, con ganas aún de patear en particular a cada uno. Y gritó, subiéndosele la sangre a la cabeza, de la fuerza:

— ¡Rompan filas!

Casi sobre las espuelas de tanto que se había echado atrás, volvió a girar y, entonces, se topó con un Charabón que, embobado, estaba hacía ratos contemplando el marcial espectáculo.

— ¡Y usted qué pucha me está haciendo aquí!

Se hizo un arco el interpelado porque no pudo mover los tamangos para, aunque más no fuera, dar algún paso atrás. Y cerrando los ojos quiso entregar algo, más muerto que vivo. Pero no podía. Porque buscaba el bolsillo y lo único que hacía era refregarse la ropa, temblando. Al fin consiguió llegar a la carta.

— Aquí le mandan... de la pulpería... “La Blanqueada”.

— ¡Ah, usted es un propio! —exclamó, serenándose, el Tigre. —Entonces, bueno, sigamé para el despacho.

Y se introdujo en la Mayoría apagándosele luces en su ropa.

Ya sentado ante el escritorio observó para dónde era el derecho del papel y empezó a leer con minuciosidad aquellas letras redondas y claras, como de tenedor de libros, no más, que en el pueblo había sido el de la misiva hasta que, quién sabe por qué chismografías, se produjo la compulsiva y

ganó tierra adentro cambiando de nombre.

Como cuando hace horas que está la mañana y todo sigue envuelto en un sucio gris cuajado de nubes negras y, de pronto, entra a tallar el pampero y van surgiendo los cerros y las cuchillas y los montes, y, entonces, las cosas todas pierden su soledad, recobran su color y sienten, al fin recíprocas, que siempre siguen formando parte de la inmensidad del mundo, así, poco a poco, un aire de complacencia le iba creciendo al Comisario Tigre a medida que se internaba en la lectura. Fuéronse abriendo de par en par los párpados; aparecieron enternecidamente sus colmillos inferiores; y el pequeño Charabón, repuesto ya de la impresión de ver manifestarse en semejante forma aquel asombro, dejó, no más, a sus pulmones que respiraran a gusto.

De pronto la Autoridad alzó la vista y miró sonriente al mensajero, quien se achicó y cerró los ojos como si le hubieran cruzado fuego por la cara. Pero tan abstraído se estaba poniendo el Tigre, que ni siquiera se dio cuenta de las sensaciones que provocaba.

— ¿Ahá?... ¿Entonces... anoche... Don Juan... ha hecho una fechoría con don Peludo y lo ha dejado por muerto?... ¿Ahá?... ¿Así que...?

Al bajar los ojos, un instante contempló como a plato con miel el conjunto de la carta y retomó, apenas musitando, el paciente delecto:

“... Coima y todo correrá igual que en vida del finado Peludo, si muere, mientras yo esté al frente de la casa. Y más que cuando el finado. Es muy justo que la policía tenga más parte que hasta la fecha, por la razón de que bastantes calentaderos de cabeza les dan las pulperías, que es un abuso. Ahora paso a decirle que en caso de que usted resuelva que la sobrina de él, la Mulita, no es heredera, entonces estoy a su disposición para hacer una iguala con usted. Le garantanto que con un poco de buena cabeza, la casa se puede ir a las nubes...”

El codo en el escritorio, el mentón en la palma, sin abrir

la boca, el Tigre se quedó golpeando con la uña uno de los sobresalientes colmillos inferiores, caviloso. Después, volvió a achicar al mensajero al sonreírle con gentileza y le dijo:

— Bueno, m'hijo, podés retirarte. Y le decís a tu patrón que me he hecho cargo de la denuncia. Y que de lo que él puso más abajo yo voy a ir esta tarde a hablar en persona.

Echándose a la nuca el quepis, volvió a acodarse y a apoyar la cara en la mano. Y siguió golpeándose el colmillo, la vista fija en el ángulo en que la pared del frente se junta con el techo. De súbito, viva y encapotada, la mirada se apartó de allí. Y el Comisario se irguió en su silla. Le habían llegado rumores de sables. Pero al mezclarse, atenuándose aquéllos, con un trotar de caballos que al tiempo que se apagaban se convertían en galope, la vista volvió a ocupar su sitio, a dulcificarse, embebecida otra vez.

— ¡Hum! ¡Hum! ¡Iguala!... ¿Pero qué voy a hacer yo de socio de una casa de comercio, no me dice? No digo antes, cuando muchacho; ¡pero a esta altura!... ¡Si uno ya no está para nada! ¡Uno ya no sirve más que para mandar! A mí, que me dé en plata... si el Peludo se muere. ¡Que tiene que morir, no faltaba más; que ahora no nos va a salir levantándose de la cama! Y si no se muere él solo, ¡se le obliga!... ¿Ahá? ¡Ahora sí, ahorita voy agarrando el hilo...! Lo de enseñarlo a enlazar de noche, fue una emboscada urdida de lejos, con tino, por la heredera. Don Juan, en eso, no viene a ser más que un contratado; el cómplice. Y eso es lo que bien rumbea el dependiente cuando me explica...

Volvió a tomar la carta y la hizo girar entre las manos hasta que la firma quedó hacia abajo.

— Sí, ¿a ver?

Recorrió desde el principio, por encimita, hasta hallar el párrafo revelador; aunque se detuvo varias veces ante ciertas íntimas sugerencias que le paraban en seco los ojos.

— "... Coima y todo"... "más que cuando el patrón"... "es muy justo"... "Mulita"... Sí, aquí es: "En caso de que usted resuelva que la sobrina de él, la Mulita, no es heredera..."

Aunque lo que buscaba era sólo esa parte de la carta, los ojos se le fueron como por un cuesta abajo. Y él siguió atrás, deletreando:

— “... Entonces estoy a su disposición para hacer una iguala con usted...”

Se interrumpió diciéndose con dulce sonrisa interior:

— ¡No, haceme el favor; qué iguala! ¡A mí vos me vas a agarrar de socio si sos brujo, botija! Tendría que poner la comisaría en el mostrador para vigilar que no me hagás mal tercio...

Como él no podía leer en silencio, y como decir dos cosas a la vez es imposible, sólo se vio ir con energía de un lado a otro al plumacho del quepis, trazándole negaciones a cada palabra de las que siguieron:

— “... Le garanto que con un poco de buena cabeza la casa se puede ir a las nubes”.

Y al llegar al punto final, soltó un ¡No! más firme que un cerro.

Enderezó el quepis ya sobre el hombro, se lo acomodó otra vez y volvió a rozarse la dentadura con el dedo para, en seguida, entrar a meditar, la cara casi horizontal sobre la mano:

— Ahora, lo que hay que hacer es desenredar bien la madeja. Muerto el Peludo por cuenta propia o con alguna toma o por desacato a la Autoridad, si llega a hacer pie en su salud, que es fácil, a Don Juan se le da una estaqueada y confiesa la gran verdá de que la Mulita le pagó para que organizara la muerte de su tío. Y si no quiere confesar, se le enchaleca y, después, que vaya, si quiere, de muerto, a desmentir a la Justicia. ¡Pero mire la Mulita, de asesina! ¡Quién lo iba a pensar! Es que yo siempre digo: uno ve caras pero a los corazones no los ve.

Y se incorporó exclamando en alta voz tranquila:

— ¡Por suerte, ya tenemos todita la madeja desenredada!

Al salir al patio y empezar a brillar, de todas partes, aunque más numerosos de sobre el asiento de las raíces del om-

bú, brotaron soldados como con resorte, en posición de firme y haciendo la venia. En seguida, un Cuzco ensilló y se alejó a todo lo que daba, de chasque. Llevaba la misión de alcanzar la partida del Sargento Cimarrón, destacada en persecución de la ladrona Comadreja, y ordenarle que de inmediato fuera a prender a Don Juan, con carta blanca para hacer lo que requirieran las circunstancias si se resistía.

— ¿Dónde tienen las estacas de cuando el finado Lagarto? —preguntó el Comisario cuando ya tornaba a la Mayoría. Sáquenlas y delen una mano de grasa a las guascas. Que estén bien suavecitas.

Como ahora estaba contento, al ir a entrar a su despacho se hizo cargo de la posible situación de sus subordinados ante la ambigüedad de la frase, y le vino como una lástima al Tigre. Por eso, alzando una mano y agarrándose al marco de la puerta, aclaró, hecho un padre, al milicaje que, en efecto, se había quedado con el alma en un hilo al oír la mención a los útiles de estaquear:

— Pero miren, m'hijitos, que eso no es para ninguno de ustedes, les doy palabra. Lo que pasó con la presa, eso queda borrado y empezamos de nuevo. Al que vamos a meter en las estacas es a un malhechor muy jarifo, cuando me lo traiga la partida. Ya saben: por esta ocasión, estén tranquilos: ¡No se preocupen!

Capítulo III

Agonía del Peludo

La Mulita estaba hecha una lástima. Sentía como que por su culpa había pasado lo que pasó; impotente se consideraba para atajar el mal creciente de quien, a pesar de los malos tratos, era su tío, al fin y al cabo, y, en el fondo, amaba; encima, medía consternada que ella era muy poca cosa para remediar siquiera en algo la situación de Don Juan ahora a monte, desgraciado con la policía. Como el tábano airado, había momentos en que le revoloteaban imágenes de chispear de facones contra sables, de puñales que abrían sangre a bocanadas, de relámpagos con estampido en pos, causantes de un simultáneo trastabillar o de una caída al suelo, sin remedio. Y esas visiones sólo se alejaban de la mente ante la aparición otra vez de aquella tan ancha cama que, al achicar por contraste al herido, daba a la Mulita sobre una angustia cada vez mayor. En ocasiones, sin hacerse sentir, entraba a la casa del Peludo quién sabe qué apiadada, oportunísima presencia. Y por ella la Mulita era conducida así, despierta tal cual estaba, a un olvido embebecedor, como de sueño. Pero en la joven tenía tan grande poder de arrastre la suerte de su tío que, al ratito, no más, se le desvanecían, alejándose hasta lo más distante, el recuerdo feliz, la estampa grata, lo que fuese, con sus bondadosos mundos atraídos. Y ella en seguida andaba otra vez aplicando compresas o alisando las sábanas del herido, o (porque miraba con ojos empañados) viendo presa de resbalantes deformaciones al bulto que bajo las cobijas él hacía.

La Lechuza tenía dispuesto que al Peludo se le diera a tomar agua de dos clases de yuyos, de los por ella misma recogidos en viernes, a la luz de la luna llena, habiendo concurrido a hervirlos en persona la primera vez. De uno, dábansele tres tomas al día. Del otro, a discreción, y frío. Además, desde que comenzó a sospechar que en el paciente había algo que no le gustaba nada, la Lechuza a revisarlo se aparecía en su petiso todas las nohecitas, con lo que, por otra parte, como se dejaba estar adrede hasta que era invitada a cenar, ella ahorra una comida diaria, se empinaba unas cañas y fumaba gratis algún oloroso charuto de Bahía, de los que en la pulpería del Peludo se presentaba a los estancieros y a algún afortunado en la carpeta.

Pero el enfermo seguía de mal en peor. Así lo iba aceptando la Mulita. ¿Qué, sino plena comprobación de lo que decimos, significaría en ella, para un atento observador, aquel ir a clavar la aguja en el cribado talón de un escarpín de su tío, cierta tarde, y el echarse a llorar sin iniciar el zurcido, y el emprenderlo después, hasta el fin, tan moroso, tan prolijo; pero dejándole caer, de cuando en cuando, una lágrima furtiva? Porque el paciente, ahora, no le dirigía palabra, no le pedía cosa alguna, como si ya no estuviera necesitando nada, como si hubiesen empezado ya, de firme, a cortarle todos los lazos con este mundo, aprontándolo así para que en cualquier momento, a la menor señal, saliera docilmente, sin regreso. Asimismo, el propietario de la pulpería "La Blanqueada" casi no se quejaba desde hacía días. Y el silencio hasta en eso, acorralaba con su congoja todavía mucho más a la sobrina. En su asiento de vaqueta, al lado de la triste cama, ella ni repasar la ropa ahora podía. Cruzados los brazos, la aguja en una mano blandamente plegada, la otra con la palma hacia arriba sobre las prendas en reparo, la Mulita pasaba las horas perdidas mirando el quieto bulto bajo las frazadas y aquella cabeza envuelta en vendas sobre la almohada.

La detención del Peludo era como la de los dormidos. Pero sabedora ella de que él estaba tan atrasado...

Por las mañanas (ya todo como jaspe y ordenado en la casa, ya la olla bullendo sobre el fuego) muy modesta franja del día aparecía con cautela, conseguía adelantarse y se tendía a los pies de la Mulita que, en su silla, cosía o remendaba o zurcía. La joven sobrina contemplaba el paulatino alargarse del rayo del sol, que insistía hasta dorarle los pies, y aquel su más que obligado retroceder, al rato, tan poco a poco como había llegado y, más tarde, su perderse en el campo con la demás luz, mientras las sombras iban haciendo su aparición de todas partes. Pronto, ¡oh!, como cortinas tristes se colgaban de los rincones, las intrusas. Luego, a medida que se estiraban, iban poniéndose lúgubres, para aproximarse, mecidas (desde los cuatro costados, ya) unas a otras, muy en sigilio inexplicable (buscando contactos quién sabe con qué fin), a todo lo de la morada indiferentes, como si estuviesen más que solas allí; como si ellas fuesen hechas tan de distancias, de abandono, de olvido que, aunque lo intentasen, jamás podrían advertir nada, nada de lo que las pasaban de través y sin roce, en sus desplazamientos; nada: ni arcón, sillas o cama con dosel, ni yacente, ni abrumada sobrina, inminencias del gran trance, ni aquella angustia, asimismo, que sus tan tétricos bamboleos andaban haciendo crecer, más helantes que la escarcha. Sobre las cobijas siempre con los mismos pliegues de horas antes, de cuando fueron tendidas; por el frío de una frente sudorosa (la del tío ahora sin aquel su habitual fruncimiento) adelantaban unas hacia las otras las tales sombras; en su seno también encerraban ahora demudadas faldas azules y una bata blanca; buscando otro rincón cruzaban por delante de dos pupilas dilatadas... como a la espera de algo volvíanse todo, todo, ¡ay! quietud, semejando así un agazapamiento general. Entonces, la Mulita encendía el candil. Y quedaba ahora como refugiada en una cuevita de oro. Pero, eso sí, sintiéndose a su vez también otra más entre las cosas ajenas a todo en el mundo; algo tan, tan solo como puede serlo un charco, el rumor de la noche, o, más bien, un recién nacido. Desde su bajo asiento, replegada sobre sí, el mentón en el pecho, a

veces la mano en apoyo de la cara o aún de la frente misma, la Mulita miraba hacia la oscuridad de su tío. Y lo pensaba como muy distante. Era que toda la casa se le iba lejísimo. O, si no, que ella se iba lejísimo de todo, hasta del chilcal y de la llanura y de la gris barrera del Arazatí, donde presumía que debería de estar Don Juan con sus parciales, y hasta lejísimo de la mar, con ser tan sin medida. ¿A dónde quedaba nuestra sin fortuna, pues? Un estremecimiento del enfermo, un quejido apenas asomándose, entre el blanco vendaje de la cabeza, eran aleve mano que irrumpía hacia ella, que se estiraba como de elástico, que la cogía —estuviera donde estuviera— que la traía y le situaba la mente otra vez al lado de la cama.

— ¡Qué cosa! ¡Pobre mi tío, tan trabajador! —musitaba temblorosa—. ¡Qué le pasará, pobre de él!

Y un ovillo inútilmente solícito se hacía ella sobre el bulto del que se estaba muriendo.

Este, éste no se alejaba hacia ninguna parte, digámoslo. Tenía como una oscuridad adentro. Y dicha oscuridad era de gran peso; de una pesadumbre tal que no lo dejaría moverse, de él haberlo pretendido. En ocasiones —a veces ni eso— el Peludo se sentía como si estuviera advirtiéndose dormir; dormir un sueño cerrado por donde, entreabriéndoselo de golpe, se le venían cosas. En cierta oportunidad se le fue arriba un toro dueño de guampas tamañas. Por suerte la cornamenta le cruzó casi rozándole el cinto, pero no lo tocó. Después... Durante esos días al Peludo le pasaron cosas que no tienen nombre. Ahora, ahora en el momento que pasamos a narrar, un árbol se puso a mirarlo fijo. Era un tala seco, que lo miraba y lo miraba como si tuviese algo con él. El Peludo atendía con ahínco a lo que le sucedía. Estaba como a veinte pasos el tala; quieto, mirándolo por todas sus espinas. Y, de repente, el pinchudo empezó a hacer como si fuera un péndulo al revés, y a resollar que parecía estar realizando la maniobra con grandes esfuerzos. Tuvo un sobresalto el Peludo, al principio. Pero enseguida, con resolución,

dispuesto a no aflojar saliera lo que saliera, él también se puso a mirarlo sosteniéndole la vista... Y una luz cuadrada y otra redonda se interpusieron, por suerte; por suerte, porque aquello ya no estaba pareciendo nada para bien. Eran lindas las luces. Una, amarillenta; la compañera, azul claro. Las dos daban idea de estar posadas sobre terciopelo o vidrio grueso. O de ser vistas a través de un agua, mejor. Ellas sacaban sendas como espaditas del color de cada cual y abarajaban, jugando. Tajo va, tajo viene... ¡Fea fue la ocasión en que hicieron su llegada los ojos! Fea porque no venían en pares aquellos ojos y, por eso, siendo bien redondos, cada ojo parecía deforme, lo mismo. Salía un ojo de abajo de la tierra, lo miraba al Peludo, parpadeaba un ratito, e iba a esconderse atrás del horizonte. Mas en seguida se aparecía un ojo nuevo. Algunos ojos eran chicos. Pero otros ojos, más o menos del grandor de una rueda de carreta. Esos ojos como un humo echaban al perderse... Y después casi en seguida, fue que se empezó a los ponchazos. No se veía quiénes agarraban las prendas. Por tres de sus puntas ellos mismitos se daban a plomo contra el suelo, levantando la polvareda. Y ¡paff! ¡paff!, los ponchos. Lo cierto es que esto vino para bien. La oscuridad se disipó y él, entonces, dejó de sentir la opresión y, ¡claro!, pudo levantarse con agilidad que daba gusto y abandonó el dormitorio sin recordar nada, nada ingrato; nada, ni lo más reciente. Entonces enderezó de mucho "vicuña" al mostrador de su casa de comercio, abrió el cajón que mantenía bajo llave siempre, cargó de plata el cinto hasta dejarlo buchón que no daba más. Entonces pasó otra vez para adentro, se arregló bien el nudo de la gollilla frente al espejo, satisfecho. Entonces, siempre contemplándose, se puso a dos manos el flamante sombrero.

— Me voy, que ya he trabajado bastante y ahora hay que pasear —se decía—. Que trabajen otros ahora, que es lo que corresponde.

El del tan rico poncho, el de las espuelas y alzaprimas doradas volvió a entrar en el salón de su pulpería, se perfiló,

cogió por la copa el sombrero con la izquierda y, manteniéndolo siempre junto al hombro en gentil ceremoniosidad fue dando la diestra a todos, sin exclusiones, olvidando ofensas chicas y grandes, muy contento.

— ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Adiosito! —decía—. Me voy y que trabajen otros... que ya les llegará también a ellos el turno...

¡Qué feliz en la cama, con los ojos bien cerrados, el Peludo! Los ufanos sostenes del antiguo dosel parecía que estaban haciéndole guardia, protegiendo tanta dicha.

— ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Adiosito!

¡Pero mire que había de quienes despedirse en el trayecto de la pulpería a la enramada cuando, al fin, apareció la puerta, aunque él no reconociera bien a ninguno! Es que hasta se detuvo la taba por acudir a contemplar aquel chiripá floreado, aquella criba del calzoncillo y los primores de aquel apero ceñido al piafante tordillo. Es que, sin duda, se propaló la noticia, pues los coches, las jardineras, los charrets y una carreta evidenciaban que habían acudido hasta familias.

— ¡Qué barbaridad! —exclamaba— ¡Cuánta gente para la despedida!

En el fondo, estaba orgulloso. Y, siempre el sombrero junto al hombro izquierdo, se inclinaba, cumplido...

Uno de los ¡Adiosito! le llegó a la Mulita y la enderezó en vilo. Miró aturullada a todos lados, sin atreverse a acercarse a la cama, y enderezó como resorte a la salida. De golpe, al final ya del estrecho pasadizo, el campo se le hizo más inmenso que nunca; el cielo, de altura todavía mayor. Se encandiló. Y una soledad de empacado silencio la puso rígida.

Así, como cuajada en piedra, permanecía, cuando le acudió para librarla cierta idea consoladora. Haciéndole caso fue que la Mulita volvió a entrar y a regresar con cojinillo y freno; fue que corrió hacia el petiso overo atado a soga, y que enfrenó... fue que, para poder montar en pelo, trepó una piedra, salió a galope hacia el bajo, cruzó, salpicándose, el vado, enderezó dando talón por una sendita entre los cardos...

¡Qué luz tan pura había! Ante tamaña diafanidad... Pero ya no atendía como otras veces al trebolar ni a la flor de los yuyos. No los veía. Es que cierta cosa acongojante se interponía entre ella y el mundo. Más allá de la cabeza agachada del empeñoso overito, como si él la llevase de tiro, la cama aquella con el bulto, el armatoste con todo arriba se empecinaba en ostentarse y obligaba a la Mulita a posar los ojos sobre su muda desolación.

Intensamente acogedora era la luz. Todo, todito color, hasta el más tenue se ponía en acción y acudía... Y la joven no veía, a su derecha (y, luego, cada vez girando más a sus espaldas) los distintos ombúes de la pulpería; tampoco veía el cardal coronado con tan lindo lila, por el que entró siguiendo un sinuoso trillo que la desviaba así hacia la izquierda; ni veía entre la asistente luz tanto tala aquí y allá, ni coronilla. Mejor dicho: parecía que le surgían un momento a la luz, apenas si a hacerle señas de la dirección que debía llevar, para al momento desaparecer de su conciencia como si nunca, nunca hubiesen existido en tales pagos. Lejos y cerca era lo mismo: todo se recortaba en su íntegra forma. Toda cosa estaba cabal gracias a aquella luz. Y, como a la Mulita siempre le pareció feo montar a horcajadas, era del lado del corazón que el sudoroso petiso sentía ya incesante el azuzar de los dos talones, uno más arriba que el otro, talones que detuvieron de golpe el repicar y se dejaron caer en tierra cuando la Mulita, borrada la cama con el del mal encima, vio esplendiendo a la luz, a pocas varas del mismo rancho en ruinas de la curandera, a un exigente Sargento, ¡el Sargento Primero Cimarrón!, los frenéticos brazos en alto, cerrándole el paso.

Entonces, junto al ahora jadeante overito de riendas por el suelo, las cosas recobraron para ella su poder de presentarse. Vio el palenque, vio el horno, vio un macizo de achiras, vio el barril de rastra, vio el palo a pique del viejo corral en abandono, y vio — ¡ah!, ¡mejor no haberlas visto! — vio, sí, las ferrugientas carabinas que sostenían entre las piernas dos milicianos más (el Soldado Cuzco Barcino y el Soldado Ma-

cá) sentados en las raíces del ombú, entre tres caballos maneados, los quepis patibulariamente hasta los ojos.

— ¡Pero usted es ciega! ¿Pero usted quiere pasar por arriba de la autoridad?

El Sargento Cimarrón siguió con unas cuantas airadas frases; mas no para acentuar los reproches sino, precisamente, por ver si de ese modo podía recobrar la violencia inicial que, con la siguiente estupefacción, se le atenuaba a ojos vistas al observar el susto de la Mulita. Así:

— ¡Aquí hay que respetar! —agregó.

Repuso:

— ¡Usted no es quién para...!

Pero al final, todo le salía tan como susurro, que el policiano calló y permaneció en contemplación de la cabeza abatida que tenía delante.

— ¿Pero y ésta, me va a decir usted, es la gran criminal, la instigadora del desmán, la que codicia la herencia de su tío? —hacía surgir en el marote del Sargento aquella presencia de pañuelo en pico, de bata blanca y de pollera azul—. ¿Pero no me le estarán armando una trampa entre el Comisario y el dependiente, aprovechando la fechoría de Don Juan? —abríale, por su cuenta y riesgo, en la mente la certera intuición.

Con un esfuerzo trató de reponerse, no tanto por volver a hacerse cargo de la situación como para parar en seco el tropel de interrogantes que le hacía trastabillar el majín que ya no le daba abasto.

— Bueno, ¿y en qué quedamos? ¿Usted, me va a decir, es muda? —halló que era lo mejor decir. Y lo dijo, en efecto, pero casi implorante.

La Mulita alzó la vista.

— Pero ¿y qué pasa, señor? Digamé, ¿y la curandera?

— Esperándola estamos. Hay que interrogarla. Yo probé el mate que había dejado en la mesa de la cocina y ví que, frío y todo, todavía estaba nuevo. De eso colijo que la han venido a buscar de apuro para ver a alguno que le ha dado

algún mal de golpe... o que se les ha agravado a los dolientes... o que... vaya a saber lo que le ha pasado. Ya ahí, no es incumbencia de nosotros. No se le va a exigir a la policía que, además de ser policía, que ya bastante tiene con eso, también sea bruja.

— ¿Y ahora qué hago, sin ella? Mi tío se ha atrasado mucho... Y digamé: ¿Y Don Juan?

— ¿Pero usted tiene valor de preguntar por Don Juan a la misma autoridad? ¿Pero usted no ve que así se hunde sin remedio? ¿Pero usted no ve?

El tono crecientemente acongojado del Sargento hizo cambiar a la Mulita por otro miedo más sobrecogedor, el miedo que hasta allí la poseyera.

El Sargento lo advirtió. Por su parte cada vez más en ascuas, trató de tranquilizarla.

— Usted ha tenido un mal momento. Eso le pasa a cualquiera. Pero hay que zafarse del embrollo. Ahora usted debe tratar de no echarse tierra encima. Yo no le voy a decir lo que usted tiene que hacer, porque no soy un particular. Yo no me pertenezco. Tengo mis jefes y tengo mi disciplina. Además, usted comprenderá que si yo fuese otro, con los gritos que le pegué ya estaba cumplido. Y si fuese, no ese otro que le dije sino otro más, muy distinto, me la llevaba presa o, a lo mejor, la dejaba mansita, para no descubrirle el peligro, y le pasaba el dato al Comisario de que usted andaba atrás de Don Juan. Y la echaba a usted más al medio de lo que está.

La Mulita, otra vez de cabeza gacha, se iba helando. Rección cuando pudo levantar la vista fue que interrogó con angustia:

— ¿Pero qué le pasa a Don Juan? ¡Digameló, por favor! ¡Y digamé dónde podré procurar a la curandera!

— ¡M'hija! —cuchicheó el Sargento con tono a duras penas persuasivo porque la conmisericordia desesperada hacía presa en él. — ¡Escuchemé! Si usted no me escucha, es inútil que yo le esté hablando hasta la noche. Usted debe darse

cuenta de que tiene a un Sargento delante; que ese superior ha venido aquí al frente de dos subordinados. Y que esos tropas, por poco curiosos que sean, deben estar queriendo oír hasta con la ropa. ¿No me está viendo a ese Soldado Macá con el quepis como arriba de un palito, de tan estirado que la intriga le ha puesto el cogote? Piense que en cuanto pesquen cómo yo la estoy tratando a usted, peligra que ahí no más le vayan con el cuento al Comisario Tigre, y yo me ligo una estaqueada y, arriba de todo, me dan de baja. Usted no se da cuenta de lo que es ser Sargento. La gente lo respeta a uno, se emboba mirándolo pasar a caballo, y, más, si va con escolta... Pero nadie se hace cargo de lo que esto cuesta. Es como andar entre espinas, mire... ¡O peor! Como en el circo caminar arriba del alambre, así es. Entre la cabeza y el corazón él tiene que levantar una manguera de piedra. Yo me acabo de poner de este lado de acá, del lado de usted. Y del lado de allá, están esos dos milicos y una infinidá más de ellos y el Comisario y la Comisaría y, si seguimos, está el Coronel Puma, que es el Jefe Político, y, más atrás, está el Gobierno de la patria, con su Estado Mayor, en el medio justo de una red de más Comisarías y más Comisarios y más policías y tropas de línea, también: caballería, infantería, artillería. ¡Dése cuenta usted qué juego! Yo voy a boliar la pierna otra vez, porque es mi deber hacerlo, y a ocupar mi posición del lado de allá de usted, separandomelé, como corresponde [...]